

El sacrificio de la hija de Jefé

Pedro Barraón

Profesor ordinario de la facultad de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y director del Instituto Sacerdos.

La narración del libro de los Jueces

Partamos primeramente de la narración del libro de los Jueces, donde se nos presenta la figura de Jefé. Originario de la región de Galaad, la región al este del Jordán, ocupada por la tribu de Rubén. Se cuenta que era “hijo de una prostituta” (Jue 11, 1). Se añade que era un hombre fuerte y valiente. Su padre Galaad, tenía un nombre homónimo al de la región. La mujer de su padre había tenido otros hijos que habían echado de casa al hijo de la prostituta, temiendo que también él quisiese tener parte en la herencia. Jefé se establece en otra región (Tob) y se convierte en cabecilla de una banda de “desocupados” que juntamente con él llevaban a cabo incursiones en otros territorios (Jue 11, 4). Se entiende, por tanto, que no podemos afirmar que Jefé fuese un santo, pero sí un hombre de lucha, y jefe de un ejército de personas que no contaban con una buena reputación. Pero, dado que los amonitas comenzaron en ese momento a dar batalla a Israel, Jefé, que se había granjeado fama de hombre bélico, fue convocado por los ancianos de Galaad para convertirse en su capitán contra los amonitas. Aunque Jefé les recuerda que son precisamente ellos quienes lo han echado fuera del país, ellos aceptan el reto, esperando que el Señor les haga apoderarse de los amonitas. Así “el pueblo lo constituyó en su capitán y jefe” (Jue 11, 11). Los amonitas solicitaron a los israelitas el territorio que había sido de ellos y que había sido ocupado después por la tribu de Rubén y parcialmente por la de Manasés. Jefé explica a los amonitas que los israelitas no se habían adueñado del territorio, sino que los amorreos no les habían dejado pasar y habían hecho la guerra contra los israelitas, que habían vencido y conquistado el territorio. ¿Por qué – dice Jefé – durante trescientos años los han dejado estar en paz y ahora quieren la guerra? Jefé, por tanto, se encuentra en la situación de tener que combatir contra un pueblo fuerte que quiere reconquistar un territorio que aseguraba pertenecerle.

“Entonces el esp3ritu del Se3or vino sobre Jefe” (Jue 11, 29). Lleno del Esp3ritu del Se3or Jefe conduce el ej3rcito contra los amonitas. 3l no quer3a ser capit3n: ha sido llamado por sus connacionales que, adem3s, lo hab3an despedido del pa3s. No quiere hacer la guerra. Son los amonitas los que lo quieren atacar. Se decide entonces a emprender la lucha, pero no lo hace con esp3ritu belicoso, sino impulsado por una causa justa.

En ese momento hace un voto, una promesa. La victoria ser3 una empresa no f3cil. Por el voto quiere ofrecer una cosa a cambio de la victoria. Quiere ofrecer “en holocausto” la persona que salga primero de las puertas de su casa, si es que vuelve victorioso. Hemos de decir que es un voto arriesgado e intr3pido. Quiz3 no fue muy prudente al hacer este voto. Quiz3 supon3a que habr3a salido un siervo cualquiera a recibirlo. Realmente no se puede saber. Jefe luch3 contra los amonitas. Venci3 y captur3 veinte ciudades. Despu3s de la victoria regresa a casa “y he aqu3 que le sali3 al encuentro su hija, con t3mpanos y danzas” (Jue 11, 34).

Entonces entra en escena su hija, de la que no hemos dicho nada al respecto. Era su 3nica hija: “no ten3a otros hijos ni hijas” (Jue 11, 34). Se puede uno imaginar el amor paternal hacia esta hija 3nica. Por eso “en cuanto la vio, se rasg3 los vestidos y dijo: hija m3a: t3 me has arruinado. Tamb3n t3 te encuentras entre aquellos que me han hecho desdichado” (v. 35). Esto lo dec3a quiz3 echando una mirada a su infancia, a aquellos que lo hab3an despreciado: a sus hermanastros, a su padre que los hab3a dejado hacer, a su madre que lo hab3a abandonado, a la madrastra que lo hab3a querido expulsar fuera de casa. Son muchos los que lo hab3an querido hacer infeliz y su hija tamb3n parec3a contarse en el n3mero de estos.

No obstante el dolor, Jefe quiere permanecer fiel a la palabra que dio al Se3or: “Yo he dado mi palabra al Se3or, y no me puedo echar atr3s” (v. 35). Jefe antepone la palabra dada a Dios por encima de su cari3o paternal hacia su hija 3nica.

En el texto b3blico se nos describe de inmediato la reacci3n de la hija, aquella que con tanta alegr3a hab3a salido al encuentro de su padre con “t3mpanos y danzas”, signo de la acogida festiva. Ella lo confirma en su prop3sito: “Padre m3o, si has dado la palabra al Se3or, haz de m3 seg3n aquello que haya salido de tu boca, porque el Se3or te ha concedido vengarte de los amonitas, tus enemigos” (v. 36). La hija de Jefe, cuyo nombre no conocemos, conforta a su padre queriendo ofrecerse en holocausto para que el padre no falte a su promesa que hizo a Dios. Solo le pide al padre dos meses de libertad para llorar su virginidad por los montes (v. 37). La

narración bíblica solo añade que después de dos meses, regresó ella a casa y Jefé hizo lo que había prometido por voto.

Pero, ¿qué era exactamente lo que había prometido Jefé? Había prometido un verdadero sacrificio humano, detestado por los profetas como Jeremías cuando recriminaba que los hijos de Judá habían “cometido aquello que es un mal para mis ojos... Han construido el altar de Tofet, en el valle de Ben-Innom, para quemar en el fuego a los hijos e hijas; cosa que yo no he mandado jamás y que no me vino a la mente nunca” (Jer 7, 31). Y el profeta Ezequiel condena la prostitución de Jerusalén que ha sacrificado las hijas y los hijos, los ha inmolado, haciéndolos pasar por el fuego (Ez 16, 21). No estamos ya en la era de los patriarcas, sino en el tiempo posterior a la Ley que purificó algunas de las costumbres bárbaras. Nos preguntamos si Jefé quería de verdad ofrecer un sacrificio humano como aquellos que ofrecían los pueblos de Canaan, de los que querían distanciarse los Israelitas. Por eso, algunos han dado recientemente una interpretación más espiritual a la palabra holocausto, usada en el texto, en el sentido de que la hija sería ofrecida en holocausto espiritual, sirviendo a Dios en virginidad perpetua. El holocausto de este ofrecimiento está ligado al hecho de que para una joven de aquella época la fertilidad era como un don especial del Señor ofrecido a la mujer, para quien la virginidad vendría a ser un sacrificio de todo su ser, un verdadero holocausto.

De ahora en adelante no buscaremos entender si este sacrificio fue espiritual o simplemente físico, sino que intentaremos entresacar de esta narración algunos puntos que nos interesan para nuestro tema.

La necesidad de ofrecer un sacrificio: el sacrificio que Dios quiere

La narración que hemos leído nos pone de cara al hecho de que Jefé sintió necesidad de ofrecer algo a Dios, sintió la necesidad de un sacrificio. La noción de sacrificio en muchas religiones está, de hecho, unida a la cuestión de que el hombre tiene necesidad de ser salvado, rescatado; tiene que “pagar” algo o hacer algo en concreto para poder ser redimido. Está también ligada, como en nuestro caso, al deber que hay de dar a Dios algo (una “víctima”) a cambio de un favor o de una gracia. El sacrificio puede estar también ligado al sentimiento de tener que reparar una culpa pasada o personal, que debe ser redimida o simplemente porque el hombre se encuentra en deuda con la divinidad.

En la Biblia hallamos una purificación progresiva del concepto de sacrificio. De hecho, a medida que se avanza en la revelación uno puede advertir

que no es necesario ofrecer sacrificios porque el Dios de Israel tenga sed de sangre de animales o de hombres. Los sacrificios humanos están prohibidos, a pesar de que no era raro que se practicaran con cierta frecuencia entre los pueblos que circundaban Israel. La ley prescribe el ofrecimiento de holocaustos y sacrificios. Pero este concepto se irá purificando y esclareciendo a lo largo de la historia del pueblo.

Leemos en el libro de Samuel (1 Sam 15, 22): “¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la voz del Señor? He aquí, el obedecer es mejor que un sacrificio, y el prestar atención, que la grosura de los carneros”. El verdadero sacrificio es la obediencia a Dios, no un acto externo que no compromete la propia voluntad.

El salmo 50 indica cuáles son los tipos de sacrificio que Dios desea (7-19):

“Escucha, pueblo mío, yo te hablo; Israel, voy a alegar contra ti: yo soy el Señor, tu Dios. No te acuso por tus sacrificios: itus holocaustos están siempre en mi presencia! Pero yo no necesito los novillos de tu casa ni los cabritos de tus corrales. Porque son mías todas las fieras de la selva, y también el ganado de las montañas más altas. Yo conozco los pájaros de los montes y tengo ante mí todos los animales del campo. Si tuviera hambre, no te lo diría, porque es mío el mundo y todo lo que hay en él. ¿Acaso voy a comer la carne de los toros o a beber la sangre de los cabritos? Ofrece al Señor un sacrificio de alabanza y cumple tus votos al Altísimo; invócame en los momentos de peligro: yo te libraré, y tú me glorificarás”. Dios dice al malvado: “¿Cómo te atreves a pregonar mis mandamientos y a mencionar mi alianza con tu boca, tú, que aborreces toda enseñanza y te desprecupas de mis palabras? Si ves a un ladrón, tratas de emularlo; haces causa común con los adúlteros; hablas mal sin ningún reparo y tramas engaños con tu lengua”.

Se trata más bien de un sacrificio de alabanza y del holocausto de la oración que Dios quiere. Dios no tiene necesidad de animales que Él mismo ha creado. Tiene, ante todo, necesidad de ser reconocido y amado por el corazón del hombre.

El salmo 51 habla, además, del espíritu interior que Dios ama (18-19): “Los sacrificios no te satisfacen; si ofrezco un holocausto, no lo aceptas: mi sacrificio es un espíritu contrito, tú no desprecias el corazón contrito y humillado”.

Isaías escribe en el mismo sentido (11, 11-17):

“Aquel día, la raíz de Jesé se erigirá como emblema para los pueblos: las naciones la buscarán y la gloria será su morada. Aquel día, el Señor alzará otra vez su mano para rescatar al resto de su pueblo, a los que hayan quedado de Asiria y de Egipto, de Patrós, de Cus, de Elám, de Senaar, de Jamat y de las costas del mar. Él levantará un emblema para las naciones, reunirá a los deportados de Israel y congregará a los dispersos de Judá, desde los cuatro puntos cardinales. Cesarán los celos de Efraím y serán exterminados los opresores de Judá; Efraím no tendrá más celos de Judá y Judá no hostigará más a Efraím. Ellos se lanzarán a Occidente, hacia la cuesta de los filisteos, y juntos despojarán a los hijos de Oriente; extenderán su mano sobre Edóm y Moab y los amonitas estarán bajo su dominio. El Señor secará el golfo del mar de Egipto y agitará su mano contra el Río: con su sople abrasador, lo dividirá en siete brazos, y hará que se lo pueda pasar en sandalias. Habrá un camino para el resto de su pueblo, para lo que haya quedado de Asiria, como lo hubo para Israel cuando subió del país de Egipto”.

No son asimismo los sacrificios externos, sino el corazón del hombre y su amor lo que Dios ama.

En la misma dirección apunta el profeta Daniel (3, 39-40):

“Pero que nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humillado nos hagan aceptables como los holocaustos de carneros y de toros, y los millares de corderos cebados; que así sea hoy nuestro sacrificio delante de ti, y que nosotros te sigamos plenamente, porque no quedan confundidos los que confían en ti”.

El sacrificio indica la realidad precaria del hombre.

El deber de ofrecer un sacrificio a Dios deriva del hecho de que el hombre se encuentra en una situación de “precariedad” de cara a Dios, aunque no es este el único significado. Se trata de una situación en la que él no es el dueño absoluto de sí mismo, en una especie de tensión entre tiempo y eternidad, la belleza y la fealdad, la verdad y la mentira, la vida y la muerte. Podemos decir que nuestra situación es “dramática”. Se habla a veces del “drama” de la vida, del “drama” de nuestra existencia que parece terminar cuando el telón de la muerte sella definitivamente el velo de nuestro ser.

Aproximación a la luz de Pascal

Quizá ninguno como el filósofo Pascal ha descrito en términos más vigorosos esta condición humana: “Miseria del hombre sin Dios. Felicidad del hombre con Dios” (*Pensamientos*, 6). “Condición del hombre: incons-

tancia, tedio, inquietud” (n. 24). “Cuando considero la pequeña duraci3n de mi vida, ab-sorbida en la eternidad que le precede y que le sigue a, el pequeño espacio que lleno y aun el que veo, abismado en la infinita inmensidad de los espacios que ignoro y que me ignoran, me espanto y me asombro de verme aqu3 y no ah3, pues no hay raz3n para que yo est3 aqu3 y no ah3, ahora y no entonces. ¿Qui3n me ha puesto? ¿Por orden y conducta de quien este lugar y este tiempo ha sido destinado para m3? *Memoria hostipitis unius diei praetereuntis.*” (n. 68).

Esta precariedad es la condici3n en la cual se encuentra un ser que es grande, pero al mismo tiempo lleno de miserias. Por una parte percibimos, como en lontananza, una gran vocaci3n; por otra, nos sentimos como inmersos en un mundo que parece absorbernos y hacernos desaparecer con 3l: “La grandeza del hombre es grande en cuanto se sabe miserable” (n. 113); “por lo tanto, es miserable, puesto que lo es; pero el hombre es muy grande, puesto que lo sabe” (n. 122). “El hombre no sabe en qu3 puesto ubicarse. Evidentemente, est3 perdido, y ca3do de su verdadero lugar, que no puede volver a encontrar. Lo busca por todas partes con inquietud y sin 3xito en tinieblas impenetrables” (n. 400).

Y es en esta situaci3n de precariedad que el hombre siente la necesidad de ser salvado, de hacer algo para salir de tal estado. Pero el hombre encuentra una dificultad. Si se orienta hacia s3 mismo para ser salvado no encuentra los recursos necesarios. Al contrario, su situaci3n de inquietud le provoca un sentimiento de temor, encuentra la rebeli3n de la carne, una especie de n3cleo de resistencia al impulso aut3ntico hacia el bien, que lo frena a pesar suyo, que amenaza su unidad 3ntima de ser persona en la unidad de cuerpo y alma.

El hombre se ve amenazado por esta falta de unidad personal que le impide la *autopertenencia* y el autodomnio. Tal escasez de profunda unidad hac3a exclamation a san Pablo:

“Y ni siquiera entiendo lo que hago, porque no hago lo que quiero sino lo que aborrezco. Pero si hago lo que no quiero, con eso reconozco que la Ley es buena. Pero entonces, no soy yo quien hace eso, sino el pecado que reside en m3, porque s3 que nada bueno hay en m3, es decir, en mi carne. En efecto, el deseo de hacer el bien est3 a mi alcance, pero no el realizarlo. Y as3, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. ¡Ay de m3! ¿Qui3n podr3 librarme de este cuerpo que me lleva a la muerte?” (Rm 7, 15-16; 17-19; 24).

La precariedad del hombre, por tanto, se manifiesta en su condici3n de querer ser salvado pero de no poder hacerlo con sus propias fuerzas; una

situación que no le permite unificarse interiormente y que lo lleva a una condición de permanente insatisfacción. El hombre – dice Juan Pablo II – experimenta “una específica *fractura de la integridad personal del propio cuerpo, especialmente en lo que determina su sexualidad* y que está directamente unido con la llamada a esa unidad, en la que el hombre y la mujer ‘serán una sola carne’ (Gn 2, 24)” (Catequesis, 28 de mayo de 1980, n. 4).

Algunos autores, pienso ahora en Lutero, han sentido fuertemente esta división interna que es un signo de lo que hemos llamado precariedad. Nosotros también lo sentimos de diversas maneras. A veces se percibe el punzón de la precariedad personal en un aspecto concreto de nuestra existencia, nuestro carácter, alguna limitación física, un defecto moral. Sentimos el devenir del tiempo junto con la honda marca que deja en la vida, sentimos cómo son fugaces los placeres en que habíamos puesto nuestra esperanza; sentimos la implacable evidencia de la muerte que se acerca de modo ineluctable.

Solo Dios nos puede ayudar en esta situación

Pero esta situación de precariedad tiene un lado positivo, porque nos impulsa hacia un fuerte anhelo de ser rescatados, de ser salvados, de alzar los ojos hacia Dios. Jefé habría podido guerrear confiando en el potencial de su ejército. No tenía necesidad humanamente hablando de hacer un voto. Podemos incluso decir que se equivocó al hacer el voto que hizo, pero no erró al haber puesto su confianza en Dio, en aquel que salva, en vez de haberla puesto en sus propias fuerzas.

Aquí es donde entra de nuevo en juego el concepto de salvación. En la historia de la humanidad hay una fuerte ansia de salvación, que nuestra sociedad ampliamente secularizada no ha podido eliminar. Ninguno conoce mejor este deseo que aquellos que en trágicas circunstancias de la vida, han sido secuestrados o se encuentran en un estado de impotencia, de la que no pueden salir con sus propias fuerzas. El escritor francés Antoine de Saint-Exupéry narra en el libro *Terre des hommes* su experiencia de accidente aéreo sobre el desierto del Sahara. Después de algunos días de extenuante marcha a través de la arena del desierto, con su copiloto, sintieron los dos extenuación por la fuerte y espantosa sed que padecían. Sufrieron terribles espejismos en que veían lagos, oasis y ríos inexistentes; comenzaron a soñar realidades ilusorias, sin lograr soportar más ni el bochorno del día ni el frío nocturno del desierto. Viéndose perdido, en un determinado

momento, exclamó: “Adiós a vosotros que os amo. No es mi culpa si el cuerpo humano no puede resistir tres días sin beber. Yo no me tenía por prisionero así de las fuentes de agua. No creía tener tan poca autonomía. Se piensa que el hombre pueda andar adelante solo por sí mismo, que sea libre... No se ve la cuerda que lo encadena a los pozos, que lo fija, como un cordón umbilical, al vientre de la tierra” (ed. francesa, p. 197). “No siento hambre, solo sed. Pruebo los efectos de la sed. Esta garganta áspera, esta lengua de teja, esta sequedad y este gusto duro de la boca. Estas sensaciones son nuevas para mí. Definitivamente el agua las puede sanar, pero ya no tengo más evocaciones que las asocien a este remedio. La sed se hace cada vez más una enfermedad y cada vez menos un deseo” (p. 201). Después de ocho días de viaje, se presentan las alucinaciones y los delirios. Quieren gritar, pero se dan cuenta de que no pueden más que hablar. Finalmente ven a lo lejos un beduino: una nueva alucinación, eso piensan. El beduino parece pasar a cierta distancia, pero en momento dado, se da la vuelta y los ve: “por el ademán de su rostro, por el pasar de su mirada, ha generado la vida y me parece que es semejante a un dios. Y un milagro... Él se dirige hacia nosotros sobre la arena como un dios sobre las aguas” (p. 206).

Esta descripción de la salvación en un momento en que parecía que no había escapatoria, se presenta como un milagro, una gracia, un don. Una acción que se nos da, pero que no puede proceder de nosotros; que viene desde fuera, fuera de nosotros y que solo podemos implorar con confianza y humildad.

En lo profundo del corazón humano hay una necesidad de rescate, de que llegue, como en el caso de Saint Exupéry, un “beduino”, ese “dios del desierto” que sea capaz de ofrecernos agua para apagar nuestra ardiente sed. Sed que trasciende la precariedad, sed que trasciende lo finito.

“El hombre es *siempre más* de cuanto puede caber en una definición conceptualmente unívoca del mismo” – ha dicho Hans Urs Von Balthasar¹. El deseo de rescate expresa la esperanza de que sea verdad este profundo sentimiento: que nosotros somos algo más. Que haya una “diferencia ontológica”; que se reconozca que nosotros, sí, somos parte de la naturaleza, que tenemos un cuerpo, que existimos en un universo de fraternidad con otros seres de la creación, pero que al mismo tiempo seamos algo más; se reconozca que llevamos en nosotros un ser muy grande, quizás demasiado grande para nuestra pequeñez.

¹ *Le persone del dramma. L'uomo in Dio*, ed. it., p. 327.

La precariedad nos pone en una situación de mendigos de la gracia del rescate, en una situación que es diametralmente opuesta a la de los juegos de poder, donde el hombre quiere mostrarse fuerte, dueño absoluto de toda situación. Nosotros, en cambio, tenemos muchas veces experimentamos que nuestra seguridad en el control absoluto de la situación es relativa, porque hay circunstancias que se nos escapan, que se nos salen de control, que estamos así en las manos de otros o de algún Otro.

Dice Benedicto XVI en el libro *Jesús de Nazaret*: “Donde no se ve a Dios, decae el hombre y decae el mundo”. Donde el hombre ya no siente necesidad de la gracia, necesidad de ser salvado, de ser liberado, ahí la esperanza se derrumba, porque, cuando se confía en los propios límites (precariedad), disfrazados de falso poder, el hombre cae en una profunda angustia de la propia existencia encerrada en sí misma.

La sociedad y la cultura contemporánea, con todos los logros magníficos que ha hecho la ciencia y la técnica, no han arrebatado al hombre este profundo anhelo de rescate y liberación. La técnica y la ciencia no dan paz total al corazón humano. Sí, nos ayudan a vivir con más dignidad, pero no tocan por sí solos la profundidad del corazón, que permanece siempre con el deseo de redención y salvación.

El inocente y la nostalgia de la inocencia

Así pues, regresamos a nuestra narración bíblica. Aparece en escena la hija de Jefté, sin saber nada del voto del padre, inocente, pura, alegre. La figura del hombre y de la mujer inocente nos atrae. Intuimos la belleza del mundo originario, lleno de inocencia. Pero también es verdad que nuestra situación es muy diversa de una situación de inocencia y queremos salvaguardar lo que nos queda de inocente en este mundo.

Si miramos la tradición bíblica, la primera gran pérdida de la inocencia se dio en el momento en que el hombre, cediendo a la tentación de la serpiente, desobedeció la orden divina. Fue entonces cuando tanto el hombre como la mujer perdieron la propia inocencia: “se dieron cuenta de que estaban desnudos” y tuvieron que cubrirse para presentarse ante el otro y ante Dios mismo.

Juan Pablo II habla de una ruptura del equilibrio original que se manifiesta de hecho en el cuerpo, que era expresión de la persona al inicio y estaba llamado a existir en la comunión de las personas y en el amor mutuo. Con este gran trastorno del pecado, el cuerpo quedó sometido a la amenaza de la triple concupiscencia y el “*corazón* humano experimenta el grado de

esa limitaci3n o deformaci3n, sobre todo en el 3mbito de las relaciones rec3procas hombre-mujer². Desde entonces la vida del hombre ser3 un gran combate en primer lugar contra s3 mismo, pero tambi3n contra las fuerzas del mal que se han desencadenado ocultamente, como la ciza3a, y que impiden a las fuerzas del bien, al verdadero trigo, el crecimiento con total libertad.

Esta inocencia originaria perdida es una especie de sentimiento que se expresa en forma po3tica en todos los que, como Milton, han sentido una gran nostalgia del para3so perdido. Para3so que debe ser readquirido a toda costa. En la poes3a de Jos3 Hierra, un poeta espa3ol contempor3neo, emerge esta nostalgia del para3so, mezclada con una extra3a sensaci3n de amargura:

*En el principio era el amor.
Cuando el alba buscaba un due3o.
Cuando todas las criaturas
llevaban sus cuerpos desiertos.
En el principio era el amor.
En todo ten3a su reino.
La noche entera era el latido
de tan hondo enamoramiento.
El amor y las almas, juntos
fueron creando el Universo.
Las almas fueron su metal.
El amor su m3gico fuego.
En el principio era el amor.
Los cuerpos estaban desiertos,
y cada cuerpo busc3 un alma
que lo tuviera prisionero.
Para el cuerpo, reci3n nacido
de la noche, todo fue nuevo.
Ignor3, por no entristecerse,
que el alma ten3a recuerdos.*

El poeta se figura al amor como principio de inocencia, pero descubre que esta inocencia tiene con todo recuerdos amargos, que no sabe de d3nde provienen. Tambi3n el hombre de hoy, bajo diversas formas, tiene el alma llena de fantas3as sobre la inocencia. Intuye que habr3a podido ser

² Catequesis, 23 de julio de 1980.

inocente y puro, pero que él mismo en este tiempo de la vida debe beber una mezcla agri dulce y rara de dolor y de felicidad.

El inocente y el sacrificio

Pero entonces, ¿por qué sacrificar al inocente? La hija de Jefé era inocente. No tenía nada que ver con el voto hecho por su padre. Podemos incluso afirmar que, considerando solo la justicia personal, a ella no le tocaba parte en esto. Pero ella lo acepta respondiendo al padre que es justo que cumpla el voto que ha hecho a Dios. No le dice: “Pero, papá, ¿por qué hiciste este voto? ¿Qué tengo que ver yo?”. Lo aceptó seguramente por Dios, pero también por su padre. En este sentido podemos decir que se ha ofrecido en sacrificio, ella que era inocente.

En la Biblia hallamos otros casos de sacrificios inocentes. Sobre todo el sacrificio de Isaac. Hemos de recordar bien la narración del libro del Génesis. La orden “extraña” de Dios que le pide sacrificar a su único hijo, el hijo de la promesa, aquel que vino después de tantas dificultades, es este hijo que Dios pide que sea sacrificado. Es una orden que parece inhumana y ciertamente no propia de Dios. Dejo ahora aparte esta cuestión para, más bien, continuar con la narración. Isaac, el inocente, sigue caminando con su papá y le pregunta ingenuamente dónde está la víctima para el holocausto. Abraham responde de manera profética: *Deus providebit*. Dios proveerá. Llega el momento del sacrificio, en el monte Moria, donde se encuentra ahora el templo de Jerusalén, y cuando Abraham va a sacrificarlo, escucha la voz del ángel: “Alto, Abraham”. Dios ha visto tu fe, la ha puesto a prueba y has salido victorioso.

Otro sacrificio de otro ser inocente, también en Jerusalén; esta vez se trata del Cordero sin mancha. Y aquí no se ve al Padre, pero Él está allí. El altar está preparado y lo está bajo la forma de una cruz. Quienes sacrificarán serán los hombres. Pero no se oye ninguna voz desde el cielo. Más bien resuenan las voces de los verdugos que gritan e insultan. No hay ningún otro cordero que tome el lugar de Cristo. Es él, el Hijo que, inocente, como Cordero es llevado al matadero.

Nos pasma el sacrificio del inocente y nos interrogamos muchas cosas. Pero el sacrificio del inocente (y todavía más si trata de una mujer) nos espolea para plantearnos si vale la pena ser inocente, si vale la pena este sacrificio y si la hija de Jefé hizo bien en ofrecerse en sacrificio, si ha servido de algo el sacrificio de Cristo. Son preguntas a las que no puedo dar ahora una respuesta. En esta narración el inocente está representado por una mujer virgen. Existe una relación misteriosa entre la mujer y la inocencia, difícil de conceptualizar, pero que percibimos en modo pre-conceptual o

sopra-conceptual. Apreciamos o quisiéramos apreciar en la mujer esta inocencia en un modo tal que cuando no la encontramos, nos desagrada, nos disturba, nos rebelamos sin más.

Encontramos en el corazón mismo del gran sacrificio de Cristo la presencia de otra mujer también virgen e inocente, cuyo corazón fue traspasado por una espada de dolor, y de otra mujer no inocente desde siempre, pero que se volvió inocente por la abundancia de su amor. La representación estética ha encontrado el momento culminante de este sacrificio en lo que se ha ido llamando La Piedad.

La Piedad es la manifestación del sacrificio de María, pero también manifiesta la piedad del Padre hacia la humanidad y la piedad del Hijo hacia el Padre y hacia la humanidad. Toda la Pasión de Cristo es un acto de piedad de Dios hacia la humanidad: “Quien no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos ha de dar junto con Él todas las cosas?” (*Rm* 8, 32), dirá san Pablo. “Tanto ha amado Dios el mundo que entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no muera, sino que tenga vida eterna” (*Jn* 3, 16), escribirá por su parte san Juan.

La cruz manifiesta la fuerza del mal que se desencadena contra el Hijo, pero es también el evento de la radical manifestación de la bondad, de su piedad, de su amor sin límites. “La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre —de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos— llama su infeliz destino”³. “La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre”⁴. La cruz es un acto de extrema piedad de Dios, de “eusébia” divina para con el hombre. Por piedad para con Dios, el Hijo asume la naturaleza, por piedad vive una vida bajo el signo del dolor, por piedad acepta la muerte de sí mismo como un acto de supremo amor.

La cruz manifiesta la piedad filial de Jesús para con el Padre. Es un acto supremo de obediencia a su voluntad, “obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (*Fil* 2, 8). El Hijo que hace siempre por piedad la voluntad del Padre, lleva a su perfección esta obediencia perfecta en la cruz, esta veneración respetuosa y filial al Padre, propia del Hijo que ama y es amado.

Pero la cruz descubre también la piedad humana confrontada en el hombre que está muriendo antes y después está muerto. La piedad se pone de manifiesto sobre todo en personajes sencillos, hombre y, sobre todo, mujeres ordinarias, pero de los que brota una gran sensibilidad de corazón.

³ *Dives in misericordia*, n. 8.

⁴ *Ibidem*.

Entre estas mujeres fieles encontramos algunos nombres conocidos: María, la madre de Jesús; la hermana de su madre, María, madre de Cleofás, y María Magdalena. Estas mujeres están viviendo la piedad para con un hombre que muere, que muere injustamente, que no es un hombre cualquiera, sino que es el Hijo de Dios. Estas mujeres testimonian lo que queda de la piedad humana, que todavía se conmueve de frente a la muerte de un hombre cualquiera. En este momento de tanto dolor, Jesús tiene piedad hacia su madre, confiándola al discípulo amado. El Papa Benedicto comenta este episodio en su libro *Jesús de Nazaret* de la siguiente manera: “esto es ante todo un gesto totalmente humano del Redentor que está a punto de morir. No deja sola a su madre, la confía a los cuidados del discípulo que le había sido tan cercano”⁵.

Después de la muerte de Cristo, con el corazón traspasado por la lanza del soldado, sucede una escena única que la tradición popular cristiana ha denominado como la *Piedad*, cuando la madre, junto con san Juan y María Magdalena, toma en sus brazos a su hijo muerto, con su cuerpo llagado. Ante nosotros está seguramente la imagen de la Piedad de Miguel Ángel en el Vaticano, pero hay otras muchas piedades que el arte cristiano ha sabido dar forma y representar este momento. Algunos lo han llamado el “abrazo sagrado”⁶. Aquí es la piedad de la madre por el hijo muerto, el amor que no conoce el límite de la muerte y que recuerda todos aquellos momentos cuando, siendo pequeño, lo tenía entre sus brazos, para amamantarlo o para acurrucarlo. Este momento solemne y sacro de la piedad nos presenta el dolor de la madre que se convierte en dolor de la humanidad, que se vuelve dolor de Dios mismo y que así, ofrecido por amor, termina por convertirse en prenda de salvación. La piedad de María es compartida por san Juan, el discípulo amado, y María Magdalena, la discípula a la que el Señor había perdonado mucho porque había amado mucho.

María había sido llamada por Jesús sobre la cruz con la enigmática expresión “mujer”, que ciertamente evoca la primera mujer, Eva, formada de la costilla del primer hombre, Adán. Ahora se repite esta nueva creación: del costado abierto de Cristo, nuevo Adán, es creada la mujer según el plan originario de Dios, María, la madre de todos los creyentes. Adán había exclamado viendo por primera vez a Eva: “Y el hombre dijo: Esta es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne” (Gen 2, 23). Cristo, nuevo Adán

⁵ J. RATZINGER - BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret: desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, Ediciones Encuentro, 2011.

⁶ Cf. J.Y. LELOUP, *Il sacro abbraccio*. Gesù, Maria Maddalena e l'incarnazione (El abrazo sagrado. Jesús, María Magdalena y la encarnación), Lindau, Torino 2007.

es hueso y carne de María, pero él dio a su Madre la “estructura” ósea espiritual para que se convirtiera en la nueva Eva y la madre de los redimidos.

Conclusión

Volviendo al núcleo espiritual de nuestro relato, nos preguntamos: ¿cuál es el valor del sacrificio del inocente? Se podría decir que el sacrificio del inocente desencadena en el universo el poder más grande, el único que es capaz de salvación y redención: el amor. Este poder enorme lo ha entendido otra mujer virgen e inocente, que escribió en su diario:

«Dios mío, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia aceptará almas que se inmolen como víctimas...? ¿No tendrá también necesidad de ellas tu amor misericordioso...? En todas partes es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tú deseas prodigárselo se vuelven hacia las criaturas, mendigándoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu amor infinito... ¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti... Si a tu justicia, que sólo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará abrasar a las almas tu amor misericordioso, pues tu misericordia se eleva hasta el cielo...! ¡Jesús mío!, que sea yo esa víctima dichosa. ¡Consume tú holocausto con el fuego de tu divino amor...!»⁷.

Quizás nos pueda venir la siguiente pregunta: ¿cómo nacer de nuevo? ¿Cómo regresar a la inocencia? ¿Cómo podemos contribuir a la salvación del mundo? Puede ser que la respuesta nos la ofrezca también santa Teresa del Niño Jesús, quien se ofreció precisamente en holocausto al amor misericordioso y que tuvo el valor de dejarse amar. Quien es pequeño se deja amar: no tiene miedo del amor. Para nosotros es difícil dejarnos amar, dejarnos amar por los demás, pero también por Dios. Creemos que este amor a nuestra libertad, obstaculiza nuestra dependencia. Pero en realidad, la única forma de regresar a la inocencia, que es la capacidad de amar, es aceptando todo como don de amor. Y en esta inocencia encontramos la salvación, la nuestra y la del mundo. Solo así podemos volver al paraíso donde el hombre recibía todo como don, un regalo de reciprocidad, también corporal, una reciprocidad de amor.

⁷ TERESA DE LISEUX, *Historia de un alma*, Manuscrito A.

Juan Pablo II dijo esta frase que es un verdadero compendio de sabiduría mística: “la felicidad es el echar raíces en el amor”. Se es feliz en la medida en que el amor es la casa donde habitamos, donde el amor es el gran poder de nuestra vida. Y esto se comprueba en las personas que se dejan vencer por el amor, aunque haya múltiples obstáculos que las habrían desanimado en la prueba. Pero es verdad que la mujer, considerando los ejemplos bíblicos y la historia de la Iglesia que recordamos antes, connaturalmente habita en la casa del amor. Y, por eso, su vocación y su misión son de perenne actualidad.